

Educación y Ciencia en la sociedad del conocimiento

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de sociología (UCM)
Instituto Universitario Ortega y Gasset

Hace pocos meses, tuve la suerte de oír hablar de educación a la entonces ministra Esperanza Aguirre, al Presidente de la CAM, Ruiz-Gallardón, al Ministro Piqué y, finalmente, al Secretario de Estado de Educación de los Estados Unidos, Richard W. Riley. Mi resumen de aquellas intervenciones es el siguiente: la educación regresa a las prioridades de la agenda política, un regreso que, no obstante se realiza a veces por la puerta trasera de la política de empleo o de las demandas de I + D. Hoy, en los Estados Unidos –dijo enfáticamente Riley- ..., *la educación es la palabra mas poderosa de nuestro vocabulario político.*

Efectivamente, la educación fue prioridad política desde los años 40 hasta bien entrados los 70 como consecuencia de muchos factores. La predisposición de los gobiernos socialdemócratas como garantía de igualdad de oportunidades en el marco del pacto social keynesiano, la creciente demanda popular de educación, la rápida absorción de los titulados por el mercado de trabajo (la ausencia pues de desempleo) y, *last but not least*, la legitimación que a todo ello dio la teoría, recién descubierta, del capital humano. La educación resultaba ser el capital principal.

Los años 70 y 80 generaron un vuelco liderado por **Reagan** en Estados Unidos y **Thatcher** en el Reino Unido. La creciente crisis fiscal del Estado y la ideología privatizadora, por no hablar del alto y creciente desempleo de los titulados, llevaron a un frenazo en el gasto público en educación y, en no pocas ocasiones, incluso a un desmantelamiento de los sistemas públicos acusados de gastadores cuando no de depredadores del presupuesto. **Riley** recordaba que, hace pocos años eran muchos los que, en Estados Unidos, proponían nada menos que abolir el Departamento de Educación. No han faltado voces en España con propuestas similares.

Pues bien, la situación vuelve a cambiar y la educación es hoy prioridad en la política de **Clinton**, en la de **Blair** y en la de **Schröder**, es prioridad en Francia y, de creer a los dos Ministros españoles antes citados, debería serlo pronto también en España. Forma parte central de la llamada *tercera vía* de Anthony Giddens, tan afín al parecer a todo el mundo, desde **Aznar** a **Blair**.

Sin embargo, veinte años no pasan en vano e inevitablemente se trata de otra educación con otras prioridades. ¿En que sentido?

En primer lugar, otro modo de educar. Se estima que el stock de conocimientos se dobla cada quince años. De otra parte, la inestabilidad de las biografías laborales y los procesos constantes de reconversión tecnológica hacen que se acabe trabajando en temas, campos y áreas muy distantes de aquellos donde se comenzó. Esto ha trastornado por completo las relaciones entre formación inicial y formación continua. La segunda, no la primera, es cada vez más importante, y lo vemos en la proliferación, por supuesto, de cursos formales de reciclaje, pero también de seminarios, simposios o congresos por no hablar de la de revistas

científicas o técnicas. De hecho nos pasamos media vida actualizando informal y espontáneamente conocimientos y adquiriendo otros nuevos. Y se estima que un profesional debe dedicar no menos de dos horas diarias a estudiar.

Lo que, a su vez, altera el sentido de la formación inicial. Pues si se parte de que la biografía laboral está perpetuamente vinculada a formas nuevas de aprendizaje, la formación inicial debe ser, mucho más que antes, básica y fundamental, enseñando sobre todo a aprender por uno mismo. Lo importante no es saber sino, sobre todo, saber cómo saber.

En segundo lugar, la globalización incorpora a la agenda educativa déficits de formación básica en lenguajes. El uso de la propia lengua natural o de los lenguajes matemáticos es parte tradicional de los *curricula* educativos pero a ellos se suma el de los lenguajes informáticos y, en primer lugar, el aprendizaje de idiomas extranjeros. *Creo* – ha dicho **Clinton**- *que más y más jóvenes cuyo primera lengua no es el español, deben aprender a hablar español... En una economía global esto nos ayudará mucho.* Aprendizaje del español en Estados Unidos (donde es ya la primera lengua extranjera), en Francia o en Brasil -una gran oportunidad para España- pero por supuesto aprendizaje del inglés en todo el mundo y de otros idiomas en regiones específicas.

En tercer lugar, desde luego, otros modos de financiación. Es claro que el principal beneficiario de la educación es el educando y ello le debe suponer algún coste. *El Informe Dearing* del Reino Unido o el *Attali* en Francia, ambos sobre la financiación universitaria, son buenos ejemplos de fórmulas de financiación alternativas pero también, frecuentemente, adicionales.

Y en cuarto y último lugar, volvemos a la idea ya clásica de que en la sociedad del conocimiento, y al menos para los países desarrollados, el capital humano es casi todo el capital. En la mayoría de los productos el coste del intangible supera con creces el de su producción física. Y si el principal negocio es el D del I + D, se impone revisar en profundidad la política tecnológica y científica. Por citar de nuevo a **Riley**, *la era de la información es la era de la educación y por ello una mejor educación es everybody's business*, entendiendo business en su doble sentido de actividad y negocio.

El economista británico **Alfred Marshall** señaló que *mientras la naturaleza... muestra una tendencia a rendimientos decrecientes, el hombre... muestra una tendencia a rendimientos crecientes... El conocimiento es nuestra mas poderosa máquina de producción.* La idea fue recogida hace años por el *guru* del management, **Peter Drucker**, en su *Post-Capitalist Society: el recurso económico básico -los medios de producción, por usar la terminología económica- no es ya el capital, ni los recursos naturales... ni el trabajo. Es y será el conocimiento... El valor se crea por la "productividad" y la "innovación", ambas aplicaciones del conocimiento al trabajo.* Pero es hoy una afirmación repetida por los más acreditados organismos internacionales, como el Banco Mundial: *Hoy la mayoría de las economías tecnológicamente avanzadas son ciertamente economías basadas en el conocimiento. Y viceversa, el conocimiento es la llave del desarrollo- el conocimiento es desarrollo.*

En todo caso, hemos entrado en una espiral retroalimentada en la que la ciencia genera productividad y productos (genera, en definitiva, economía), y esta invierte en (y es) ciencia. La economía produce conocimientos. El conocimiento es la riqueza.

Las consecuencias de este segundo *boom* educativo son inmensas pero basta darse cuenta de que detrás de ello hay una segunda democratización del conocimiento, que la ciencia y el conocimiento han dejado ya de ser patrimonio de una élite. El porcentaje de población activa con enseñanza superior es en muchos países del area OCDE superior al 20%, lo que significa que hay grupos numerosos que han sido entrenados en la lógica de la ciencia, lógica que aplican inevitablemente a sus problemas cotidianos y ordinarios. Hoy en

España hay más de 1.500.000 universitarios y más de 60.000 estudiantes de doctorado, números similares al de alumnos de escuela o de universitarios, respectivamente, hace 50 años. La universidad es ya el equivalente a lo que era el bachillerato y el doctorado el equivalente a lo que era la universidad. La ciencia es, progresivamente, el modo usual de pensar. Ese es, en mi opinión el sentido más profundo del término sociedad del conocimiento.

Pero es, sobre todo, una inmensa revolución que ha exacerbado hasta sus últimas conclusiones el viejo programa de la Ilustración. Recordemos el *motto* de **Kant**, *sapere aude*, atévete a saber, osa saber. Pues bien, esto, que era un eslogan revolucionario en la sociedad del antiguo régimen, es ya la regla, e incluso más: una exigencia, un deber y una ética. Todavía durante los siglos XVIII, XIX y buena parte de éste el espíritu progresista e innovador, racionalista, presente en sectores sociales importantes, tenía su contrapartida en orientaciones conservadoras, tradicionalistas, que miraban al pasado y temían al futuro. La neofilia acelerada de los modernizadores tenía la contrapartida, a veces ganadora, en la neofobia de los tradicionalistas. Y así la ciencia se oponía a la fe y la religión, como los demócratas a los absolutistas, la vanguardia artística se oponía al arte tradicional, *pompier* o clásico, o como la moda se oponía a los hábitos de todo tipo. Los progresistas o innovadores, que miraban al futuro, hacia delante, tenían el freno de los tradicionalistas o conservadores, que miraban al pasado y frenaban el progreso.

Pues bien, hoy ya no hay casi neofóbicos y el espíritu innovador e ilustrado lo abarca todo. Sorprendentemente donde más se habla de innovación es en las reuniones de empresarios, justo el grupo que tradicionalmente era conservador. Es un cambio radical de sentido político que debe hacernos meditar a todos. Pues cuando los conservadores son innovadores, ¿qué papel pueden o deben jugar los innovadores?